

XI. Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas

Hebe M.C. Vessuri

1. El Sísifo sureño: construcción, destrucción, reconstrucción de las ciencias sociales

El desarrollo moderno de las ciencias sociales en la Argentina ocurrió en un período convulsionado de la vida nacional, en un país cada vez más agotado por una crisis de la sociedad civil que se viene arrastrando por casi seis décadas. En varios momentos, como en el lapso 1975-1982, los conflictos y desentendimientos se volvieron más abiertos y sangrientos, hipertrofiando rasgos que no eran nuevos en la tradición nacional. El hecho de que haya habido más de cuarenta años de vida nacional bajo el régimen de "estado de sitio" en el último medio siglo sintetiza el clima sociopolítico de esta época difícil.

Los rasgos peculiares de la sociedad argentina dificultaron o, al menos, no estimularon la reflexión social crítica, que una élite mezquina veía con malos ojos y que un pueblo con un porcentaje inusualmente alto de inmigrantes percibía como una amenaza a la seguridad, estabilidad y pertenencia que quería forjar a toda costa. De allí que tradicionalmente haya existido una desconfianza mutua entre los científicos sociales y la sociedad civil organizada en los partidos políticos y que la participación de los primeros en la vida pública nacional no haya sido un rasgo frecuente hasta tiempos recientes. La distancia respecto de la sociedad civil se reflejó tradicionalmente en una marginación frente al Estado, que subutilizó considerablemente las ciencias sociales. Esto no quiere decir que algunos grupos no hayan conseguido una inserción. Quienes lograron una legitimación más temprana fueron los economistas en la década del '60. El CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo) adquirió relevancia durante el gobierno de Illia. También durante el régimen militar de Onganía, a partir del año 1966, el gobierno apeló nuevamente a los economistas activos en investigación en los pocos centros independientes de la época (fundamentalmente el Instituto Di Tella). Estos, al margen de sus orígenes políticos dispares, respondieron positivamente a ese llamado, inaugurando así una tendencia tecnocrática que se ha mantenido hasta el presente.

La periodización que parece más conveniente marca las interrupciones que los sucesivos golpes autoritarios infligieron a los intentos de construcción y/o reconstrucción de las ciencias sociales. En cada período, la situación de

la Universidad como "locus" institucional crucial para el desarrollo disciplinario y de los centros independientes de investigación muestra las peripecias de ese proceso frágil y frustrante.

2. La década del desarrollismo modernizante. 1955-1966

El derrumbe del primer peronismo en 1955 no significó el desenlace sino un punto de inflexión en la interminable crisis nacional abierta en 1930 y que se amplió y profundizó desde entonces. La intervención militar de 1955 vino a poner inesperado fin a la cerrazón ideológica impuesta por la restauración conservadora y celosamente mantenida por la revolución peronista. Pero, aunque se presentaba como democrática, lo fue aun menos que el régimen al que sustituía: todas las audacias estaban permitidas, mientras no se tradujesen en un acercamiento a los vencidos. Bien pronto, sin embargo, esa barrera se derrumbaría ante la vigorosa presencia que éstos habían sabido ganar en la vida nacional.

Los años '60 fueron de renovación en los supuestos de la vida cultural argentina. La conciencia de un país que no había encontrado la paz consigo mismo vino a dar al esfuerzo renovador el ritmo que pasó de intenso a febril en un clima de deshielo ideológico-cultural, subproducto inesperado de una frágil redemocratización que, a pesar de haber sido jaqueada por proscripciones electorales y golpes militares, hizo posible el afloramiento de tendencias renovadoras en el terreno académico. Sin embargo, esta tendencia, débilmente arraigada en el ámbito institucional, sería muy pronto expulsada por aquellos sectores académicos conservadores, cuando no autoritarios, que actuaron nuevamente a partir del golpe de 1966.

El breve lapso entre 1955 y 1966 fue decisivo para el establecimiento de una sociología profesional moderna en la Argentina, contrastando con las tradiciones previas, aunque reveló su fragilidad respecto de la fuerza que esas tradiciones mostrarían tener a la larga. Se intentó la renovación temática y problemática de las ciencias sociales en un marco de profesionalización. La base institucional era obviamente la Universidad, que vivió en ese período una importante transformación modernizadora. Pero la implantación de la sociología en ella no tuvo tiempo de consolidarse. Las insuficiencias de la institucionalización universitaria consiguieron ser en parte subsanadas por la hospitalidad y cooperación de instituciones oficiales y privadas vinculadas con algunas de las ciencias sociales como el Instituto Di Tella (1958), el Consejo Federal de Inversiones (CFI), el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) (1960). Estos y otros centros creados a lo largo de las décadas del '60 y '70, y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (1967) ayudarían, posteriormente, a mantener vivas las ciencias sociales en un medio que se volvería abiertamente hostil.

Los conflictos que enfrentó la *sociología* profesional en esa primera década de institucionalización se dieron con tres grupos sociales contrastantes pero poderosos de diversas formas y con efectos negativos para la consolidación de la nueva disciplina en el contexto local. Por un lado estaba un relevante sector de las instituciones académicas y de la "intelligentsia" literaria, antipositivista, de orientación filosófica y normativa, cuyas bases eran

la fenomenología (sobre todo Scheler), el neotomismo y el existencialismo alemán. Por el otro, ciertos grupos dirigentes, especialmente los militares, y la alta jerarquía de la Iglesia Católica, percibían a la nueva sociología como una forma de subversión social. Estos grupos resultaron mucho más activos y perjudiciales. Por último, los estudiantes e intelectuales de extrema izquierda hicieron una oposición cada vez más cerrada y agresiva a lo que percibían como un centro de penetración ideológica del imperialismo —fundamentalmente de los Estados Unidos— y una instancia de espionaje y control de la información para evitar el estallido social que había comenzado con la revolución cubana y amenazaba expandirse por todo el subcontinente.¹

A partir de 1955, la sociología creció vertiginosamente, después de haber estado mínimamente representada como un único curso obligatorio en las facultades de Derecho, Filosofía y Ciencias Económicas. En 1955 Gino Germani fue designado director del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, fundado por Ricardo Levene en 1940 e inactivo durante todo el período peronista. En 1957 se abrió la licenciatura de sociología de la UBA y en 1959 la carrera de sociología de la Universidad Católica Argentina (UCA) y la de sociología y ciencias políticas en la Universidad del Salvador. Para la institucionalización de la actividad de investigación, se contó con el apoyo del recién creado Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (1958) que, en función de una política general de apoyo a la investigación científica, introdujo la novedad de pagar salarios de dedicación exclusiva al personal de investigación del Instituto de Sociología para la profesionalización del trabajo académico. Con la cooperación de profesores extranjeros, provenientes de universidades norteamericanas, francesas y latinoamericanas, se fue desarrollando un programa de investigación empírica.

El sesgo inicial de la disciplina implantada se caracterizó por la afirmación de la dimensión teórica dominante en el ámbito internacional y el uso de las técnicas profesionales del análisis social de la realidad, a través de datos censales, estadísticos, de opinión y de estratificación social. Precisamente un importante criterio para la elección de los temas fue dado por el hecho de que se trataba de un país en el que la investigación social sistemática había sido descuidada por mucho tiempo y donde las informaciones demográficas elementales eran insuficientes o, si existían, no habían sido analizadas, siendo una de las más urgentes necesidades la de procurar datos y análisis de base. La ausencia de censos nacionales durante treinta años críticos (1914-1947) podía aparecer como una barrera infranqueable. No obstante, algunos científicos emprendedores e imaginativos comenzaron a mostrar la existencia de datos argentinos hasta entonces desconocidos.² En la primera mitad de los años '60, Germani con las teorías de la modernización y Raúl Prebisch y los economistas de la CEPAL con sus teorías desarrollistas dominaron el campo intelectual, con lo que sería una variante criolla del estructural-funcionalismo. Entre los temas que se investigaron en esa década

¹ Gino Germani, "La sociología en la Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 68-3, 1968

² Un brillante ejemplo de recuperación de estadísticas electorales lo constituyó el trabajo de Darío Cantón, publicado en dos volúmenes bajo el título *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*. Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1968.

de ritmo vertiginoso estuvieron el peronismo y, de una manera más amplia el populismo; el rol de los migrantes internos y las elites disponibles; las migraciones internas; el sistema político y la clase obrera; la marginalidad en América Latina; los empresarios; la clase alta; los sindicatos.

En el caso de la *historiografía*, en la década que siguió a 1955 el abismo que se abría entre las humanidades tradicionales y las nuevas ciencias sociales, organizadas en carreras muy dinámicas, fue llenado por un conjunto de historiadores que intentaban entender los enigmas del pasado en una perspectiva social más amplia que la vigente en las unidades de investigación histórica convencional. Una interesante convergencia resultó del esfuerzo de algunos sociólogos por acercar la teoría a la riqueza de la realidad de la que se pretendía dar cuenta, asumiendo cada vez más el sesgo particularista del historiador.³ Las tendencias renovadoras del aparato universitario de investigación histórica tuvieron una implantación institucional frágil, pero sus practicantes, más ligados a los desarrollos del ámbito internacional, compen-saron con esos contactos externos su debilidad local. En los años '60 se vería surgir un centro de investigaciones definido en sentido renovador y capaz de ofrecer orientación a una escuela y una carrera, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Rosario. Otros dos centros de más frágil arraigo que el rosarino también tuvieron impacto en el avance de los estudios históricos renovadores: el de Estudios de Historia Social en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y el de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba. En el primero, dirigido por José Luis Romero, los esfuerzos se volcaron a un estudio serial de las variables básicas de la economía argentina en el siglo XIX, con el auspicio de instituciones francesas orientadas por la escuela de los Annales. El segundo, dirigido por Ceferino Garzón Maceda, constituyó, en la opinión de Tulio Halperín, una verdadera escuela de investigadores, aunque de irradiación limitada por la marginación a que lo sometieron los catedráticos de la carrera en el medio local.⁴ La dispersión temática que caracterizó a esta década sólo alcanzaría a ser integrada en torno a ciertos problemas después de 1966. Un desarrollo paralelo, de convergencia temática, se dio también, en algunos casos, desde las corrientes tradicionales dominantes en las que algunos estudiosos comenzaron a reconocer la presencia de tendencias renovadoras. Así, en el campo de la historia colonial Levene ensayó una transición de la historia institucional a la socioeconómica y fue seguido por otros estudiosos que comenzaron a producir trabajos de historia mercantil e industrial porteña.

Pese a que como carrera independiente la *antropología* fue un producto de la onda modernizadora después de 1955, no tuvo fuertes liderazgos renovadores en Buenos Aires en esa primera década de institucionalización, sino que estuvo pautada por una búsqueda de redefinición con respecto a los desarrollos anteriores. Desde los años 30 había predominado una tradición

³ Esta tendencia se observa en trabajos como el de Torcuato Di Tella, *La teoría del primer impacto del crecimiento económico*, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1965; J. Fodor y A. O'Connell, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del Siglo XX", *Desarrollo Económico*, N° 49, abril-junio de 1973; Juan Carlos Torre, "La CGT y el 17 de Octubre", *Todo es Historia*, febrero de 1976, Buenos Aires.
⁴ Tulio Halperín Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1986)", *Desarrollo Económico*, vol. 25, N° 100, enero-marzo de 1986.

culturalista-histórica centro-europea ya superada ampliamente en el ámbito internacional. Había sido introducida en el país por José Imbelloni, sin encontrar suficientes resistencias en un ambiente intelectual empobrecido, que no guardaba la memoria del pensamiento liberal de los años '80 y décadas posteriores, que había visto figuras como Ameghino, Ambrosetti, Outes, Lehman-Nietsche, Boman, Ten Kate y Métraux. Esa orientación se vio reforzada después de la guerra por la llegada al país de un grupo de europeos que habían tenido actuación en los regímenes nazi-fascistas. Los estudios de la UBA tuvieron un énfasis cultural y etnológico. La antropología social estuvo relegada a una única cátedra, dictada durante un término lectivo por el antropólogo norteamericano Ralph Beals en el marco de la carrera de sociología. Los estudiantes —que en general eran más maduros que la media pues provenían de otras carreras, habiendo escogido la antropología por vocación cuando ésta se inauguró en esos años— tenían una visión diferente de los estudios de antropología de la que se ofrecía en la carrera. Eso, ligado a la posibilidad que se les daba de cursar materias en las carreras de sociología y psicología como parte de su programa de formación, les permitió tomar contacto con un grupo de investigadores y docentes más "modernos". Encontrando apoyo en Ciro Lafón, un arqueólogo que abrió un espacio para que los alumnos estudiaran problemas antropológicos nacionales, éstos presionaron por un mayor peso de la antropología social en la carrera; consiguieron la contratación de Esther Hermitte (quien había obtenido un doctorado en Chicago), así como de Susana Chertudi y otros jóvenes graduados, y que se discutiera la reestructuración del plan de estudios para crear una especialización de antropología social. En estos intentos de renovación, sucedió el golpe militar de 1966, la intervención universitaria y la renuncia masiva de gran parte del claustro docente que echó por tierra las iniciativas para la institucionalización de estudios más modernos de antropología en esa facultad.⁵ Fuera de la UBA, una persona que en esa época desempeñó una labor constructiva, científica y formadora de discípulos en arqueología fue Alberto Rex González, quien desarrolló su actividad en las universidades de Córdoba, Litoral y La Plata.

3. "La noche de los bastones largos" y después

El golpe militar de 1966 resultó devastador para el proyecto universitario modernizante, golpeando duramente la actividad científica nacional y las ciencias sociales en particular. Los profesores que se habían incorporado a la Universidad con dedicación exclusiva a la docencia e investigación y que habían hecho de la renovación de la Universidad un proyecto de vida, fueron los más afectados por la intervención militar. El grueso de los renunciantes

⁵ Alberto Rex González, "Teoría antropológica: integración y colapso". Entrevista publicada en la Revista *Cultura-Casa del Hombre*, año II, Nros. 3/4, 1982, citado en Leopoldo Bartolomé. "Panorama y perspectivas de la antropología social en la Argentina". *Desarrollo Económico*, vol. 22, N° 87, 1982. Puede consultarse también M.T. Boschin y A.M. Llamazares, "La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatorio del desarrollo científico de la arqueología argentina", *Etnia*, N° 32, julio-diciembre de 1984.

que emigraron del país por hallar inaceptable esa intervención fueron los profesores de dedicación exclusiva. No lo vieron así los profesores de tiempo parcial, quienes tenían una actitud menos comprometida con la Universidad.⁶ Las ciencias sociales dejaron de ser empresas colectivas con varios proyectos de consolidación disciplinaria. Para unos pocos, el cauce para orientar sus proyectos continuó siendo la Universidad, para otros lo fue el ámbito privado, en ambos casos en un clima en extremo precario. Hasta 1973, puede hablarse de proceso de exclusión de las ciencias sociales de la Universidad, aunque de ascenso de los movimientos populares y con ellos de la actividad de los científicos sociales en proyectos y reflexiones orientadas a incorporar las masas a la sociedad nacional y liberar el país de la dependencia externa. En la Universidad de 1973, la turbulencia y la lucha no tenían como objetivo un proyecto universitario sino que la institución era usada como base de operaciones relacionadas con actividades políticas que se dirimían en otros ámbitos de la sociedad.

Desde mayo de 1973 a 1974, con el retorno del peronismo con un gobierno popularmente elegido, se vivió un proceso intenso de creatividad social e intelectual, tanto dentro de las universidades como fuera de ellas, pero en un clima de incertidumbre, confusión y violencia creciente. Desde mediados de 1974, con el desplazamiento de los grupos renovadores y el control del aparato de gobierno por grupos de extrema derecha, se entró en un período sombrío que sería el más oscuro de la historia moderna del país, bajo la más cruenta y represiva dictadura militar en lo que va del siglo. No obstante, hacia el final del período las ciencias sociales, legitimadas y marginadas, se orientarían hacia la elaboración de un discurso democrático, si bien encerradas en lo que Francisco Delich llama "conciencia cautiva", esto es, negadora de la política como instrumento ético de cualquier transformación. Se negaba, como ya era tradicional en la Argentina, la función crítica de los intelectuales en la política.⁷

La maduración de los proyectos intelectuales colectivos lleva un tiempo y su cosecha no necesariamente coincide con períodos fértiles en la vida política y social de las naciones. En el caso de la *historiografía*, el momento tal vez más oscuro de la década de dictadura inaugurada en 1976 coincidió con la publicación de la última gran obra de José Luis Romero —*Latinoamérica: las ciudades y las ideas*—, su reflexión de mayor aliento sobre un tema americano. En esos mismos años se publicaron algunos trabajos madurados en la Argentina misma y que reflejan un sentir colectivo de desesperanza del presente y cerrazón del futuro, inclinado a inventariar con más afecto todo lo perdido en el camino.⁸

En la *antropología*, al igual que en otras disciplinas, se multiplicaron las

⁶ Marta Slemenson, "Emigración de Científicos Argentinos: organización de un éxodo a América Latina. Historia y consecuencias de una crisis político-universitaria", Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1970 (mimeo).

⁷ Francisco Delich, "La conciencia cautiva", Ponencia al Seminario José Agustín Silva Michelena sobre el estado actual de las ciencias sociales en América Latina. FLACSO-CENDES, Caracas, 1987 (mimeo).

⁸ Roberto Conde Cortés, *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Ezequiel Gallo, *La Pampa Gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, 1983.

"cátedras nacionales", que habían surgido como fenómeno durante el régimen militar de Onganía impulsadas por profesores que ni habían renunciado ni habían sido expulsados de la Universidad. En el caso de la antropología, se dio una extraña combinación de populismo y confuso nacionalismo de fuertes componentes irracionalistas y voluntaristas, con la fenomenología antropológica a que habían estado expuestos sus adherentes. La antropología se sumergió en exploraciones y reflexiones del "ser nacional" y de las "raíces populares" en términos metafísicos de muy bajo nivel. Bajo acusaciones de "cientificismo", se desquiciaron las carreras de antropología social de las universidades de Mar del Plata y Salta, recién comenzadas. Dada la debilidad de los desarrollos institucionales previos, este breve lapso acabó con lo poco que se había construido.

El embate del nuevo régimen militar dictatorial de 1976 contra las ciencias sociales en general, y muy especialmente contra la sociología, la psicología y la antropología, se ensañó contra un "enemigo" que ya estaba mal herido. Se cerraron las carreras de antropología en las universidades de Mar del Plata, Salta y Rosario. Luego de varios intentos de convertirlas en carreras de posgrado o de fundirlas con otras disciplinas (por ejemplo con historia), las carreras de antropología de las universidades de Buenos Aires, La Plata y Misiones consiguieron sobrevivir, aunque limitadas en los contenidos y por la política de cupos universitarios que instauraron los militares.

La investigación había comenzado a crecer a inicios de los '70, aunque no alcanzó un nivel crítico como empresa colectiva pues fue golpeada cuando sus practicantes eran aun demasiado pocos y los programas estaban en etapas iniciales. En esos años surgió un interés por el estudio empírico de aspectos de la realidad nacional ligados a los asalariados agrícolas, explotación económica familiar y economías campesinas, desde perspectivas teóricas renovadoras, llegando a plantearse el inicio de un programa para la construcción de una antropología argentina.* No obstante, casi todos los investigadores vinculados a esas corrientes tuvieron que exiliarse. Fue escasísima la actividad de investigación que subsistió localmente, llegando inclusive a borrarse de la memoria colectiva muchos de los logros de ese lapso.

* Al respecto véase Carlos Herrán y Ester Hermitte, "¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de integración social en una comunidad del noreste argentino", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 7 (2), julio de 1970; Santiago Bilbao, "Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del chaco santiagueño", en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* N° 5, Buenos Aires, 1964, y "Migraciones estacionales, en especial para la cosecha del algodón, en el norte de Santiago del Estero", en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* N° 7, Buenos Aires, 1971; Hebe Vessuri, "'Brujas' y 'estudiantes de magia' en una comunidad rural de Santiago del Estero", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. VII, setiembre-diciembre de 1970; "Aspectos del catolicismo popular en Santiago del Estero: ensayo en categorías sociales y morales", *América Latina*, Rio de Janeiro, Vol. XIV (1,2), 1971; y "Familia, ideología y práctica en un contexto rural argentino", en *Etnia* n° 16, Olavarría, julio-diciembre de 1972; Eduardo Archetti y Cristianne Stölen, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Eduardo Menéndez, *Poder, estratificación y salud*, México, La Casa Chata, 1981.

Los precarios centros académicos independientes llegaron a representar la última llama de investigación independiente. El estrecho espacio político en que existían y la constante amenaza de represión obligaron a sus miembros a abandonar los grandes debates ideológicos y filosóficos para enfocar problemas más concretos y prácticos. Sin embargo, la vocación macroestructural del perfil local de la sociología y la *ciencia política* no desapareció por completo sino que reorientó su rumbo. El nuevo énfasis en el Estado por parte de algunos investigadores marcó un movimiento de alejamiento de los análisis de los determinantes externos del subdesarrollo hacia las instituciones internas que lo sustentan. La recurrencia del autoritarismo y la comprensión de su naturaleza atrajeron la atención de los investigadores que buscaban contribuir al aprendizaje político sin el cual no se veía salida para la tremenda brutalización de la vida social y política que ha caracterizado a la Argentina por muchos años. A diferencia de la mayor parte de la literatura sobre desarrollo político publicada en los 50 y 60, un autor como Guillermo O'Donnell pasaba a argumentar que la modernización social y económica en el contexto del desarrollo retrasado tiene más probabilidad de conducir al autoritarismo que a la democracia. Sus análisis se focalizaron en el surgimiento de los regímenes militares en la Argentina y Brasil a mediados de los 60 —regímenes que bautizó como “burocrático-autoritarios” para distinguirlos de las formas oligárquicas y populistas de gobierno autoritario que se encuentran en países menos modernizados.⁹ Lo oportuno de su obra, así como sus implicaciones teóricas, la convirtieron en importante referencia para la investigación y el debate.

4. Algunas instancias críticas del desmantelamiento institucional

La descaracterización de la Universidad

La prolongada tormenta social y económica devastó el contexto institucional universitario en el que, a pesar de todo, durante la primera mitad del siglo se habían dado notables progresos en la formación de las capacidades nacionales de ciencia, tecnología y cultura que, en cierto momento llegaron a colocar al país a la cabeza de la región latinoamericana. La Universidad, instrumento clave para la formación de las élites, para la reproducción de la cultura superior del país, para la movilidad social de las capas medias, para la distribución del personal profesional y semiprofesional entre los diversos segmentos del mercado ocupacional y para la socialización política de la juventud, fue profundamente desvirtuada y desacreditada en las sucesivas experiencias militares autoritarias.¹⁰

⁹ “Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics”, Politics of Modernization Series N° 9, Institute of International Studies, Berkeley, University of California, 1973; CEDES “Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976”, Papel de Trabajo, Buenos Aires, 1977 y en *Desarrollo Económico* ese mismo año; Estudios CEDES, “Notas para el estudio de la burguesía nacional en sus relaciones con el aparato estatal y el capital internacional”, Buenos Aires, 1978.

¹⁰ Germán Rama (comp.), *Universidad, clases sociales y poder*, CENDES, Caracas, Ateneo, 1982.

Cuando el golpe militar de marzo de 1976 terminó de dismantelar la Universidad, el éxodo, la muerte o la "prescindibilidad" afectaron a cantidades masivas de profesores y estudiantes. La ilegalidad alcanzó a personas, investigadores, teorías, orientaciones ideológicas, disciplinas enteras. En ese proceso, todas las áreas del conocimiento se vieron afectadas, pero las ciencias sociales, identificadas por el régimen con la penetración ideológica subversiva de la Universidad, sufrieron los ataques más frontales.

El posgrado postergado

Dada la falta de tradición estructurada para la formación de recursos humanos en el cuarto nivel en el país, acentuada con el éxodo de cerebros en las últimas décadas, resultó una situación en la que a mediados de los 80 sólo una porción minúscula —alrededor de 3%— de los graduados universitarios, habían egresado de un programa de posgrado.¹¹ En el caso de las ciencias sociales, en el año 1979 sólo 0,97% de los graduados universitarios habían concluido un curso de posgrado.¹² Si se distingue entre universidades públicas y privadas, se observa, además, que 77,5% de los títulos de posgrado en las ciencias sociales fueron expedidos por universidades privadas, lo cual muestra el grado de marginalidad de estas disciplinas desde el punto de vista del Estado.

Entre los antecedentes más importantes en este campo vale destacar el esfuerzo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en torno a la definición de un programa latinoamericano de posgrado a comienzos de la década del 70.¹³ Las cuatro sedes escogidas fueron ciudades que contaban con una diversidad de centros académicos públicos y privados y que funcionaban en una atmósfera social e intelectual relativamente estimulante y favorable (Buenos Aires, México, Río de Janeiro-San Pablo y Santiago). El Grupo de Trabajo de la sede Buenos Aires había elaborado programas para diversas disciplinas y un área-problema: Sociología y Ciencias Afines, Economía, Ciencias Políticas, Ciencias de la Educación y Problemas Urbanos y Regionales ligados fundamentalmente a la UBA, Instituto Di Tella y Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). En 1973 se habían agregado el Programa de Economía Agraria de la Escuela para Graduados en Ciencias Agropecuarias, creada por convenio entre las Universidades Nacionales de Buenos Aires y La Plata, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) de la Organización de Estados Americanos (OEA). La Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador también había decidido reformular,

¹¹ SECYT-CONICET, "Recursos humanos para la investigación en la Argentina". Consulta Regional sobre Recursos Humanos para la Investigación en América Latina y el Caribe, organizada por la sede regional del CIID, Bogotá, IDRC, Buenos Aires, 1986.

¹² Ministerio de Educación, "Egresados de la Educación Superior Universitaria", Buenos Aires, 1979.

¹³ CLACSO, "Bases para un Programa Latinoamericano de Estudios de Posgrado en Ciencias Sociales". Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1973.

a partir del período lectivo de 1974, sus cursos de doctorado tradicionales para coordinarlos con los de la sede Buenos Aires del Programa Latinoamericano de CLACSO. En los años que siguieron, las conmociones políticas que sufrieron la Argentina y Chile afectaron profundamente la vida universitaria e impidieron el funcionamiento normal de los centros en esas sedes del Programa.

Frente a la inestabilidad crónica de la vida universitaria argentina y latinoamericana, ligada a las crisis y transformaciones que caracterizan a la región en la etapa actual, se precisa una evaluación permanente de las condiciones y programas existentes. Programas como el de la sede argentina de FLACSO, que lograron desarrollarse en los últimos años, los cursos de diversa índole y duración en instituciones, son todos elementos que requieren un análisis exhaustivo para conocer mejor la demanda, las disponibilidades de recursos humanos y los grandes huecos y desafíos pendientes. El papel de la Universidad en la institucionalización del cuarto y quinto nivel no podrá ser menos que fundamental.

La emigración

El éxodo de científicos y humanistas a las universidades del extranjero y a centros independientes de investigación en el país, no fue un acontecimiento circunscripto al último período represivo sino que se dio en varias oleadas a partir de la Segunda Guerra Mundial.¹⁴ Sin embargo, el peso de científicos sociales en el contingente de emigrados fue mucho más considerable en el lapso referido. El contacto inmediato con la realidad argentina quedó vedado a quienes continuaron su actividad profesional fuera del país. Sólo un esfuerzo tenaz permitiría a algunos alcanzar un pálido sucedáneo de esa vinculación insustituible para seguir trabajando sobre problemas nacionales.¹⁵ Para los más —en la medida en que el nuevo marco institucional extranjero, primero tenido por temporario, se tornó permanente— surgieron otros temas, otros problemas, que habrían de empujarlos cada vez más a considerar como propio un marco de referencia que no era ya el argentino.

Otras consecuencias indirectas de los tiempos vividos, aun para los que pudieron seguir haciendo investigación social en el país, fueron las dificultades para publicar los resultados de su trabajo. En general, los editores nacionales se mostraron cautelosos respecto a la publicación de ese tipo de trabajos, temerosos ante la censura y una coyuntura económica que reducía severamente su mercado. Esta combinación de factores contribuyó a que hasta hoy permanezcan inéditas muchas de las tesis de quienes, concluidos sus estudios en el extranjero, se incorporaron de una manera u otra a la actividad de investigación social en la Argentina o inclusive de quienes, aunque no regresaron, habían hecho un esfuerzo sistemático de ampliación

¹⁴ Alfredo Lattes y Enrique Oteiza, *Dinámica migratoria argentina (1955-1984). Democratización y retorno de expatriados*. Ginebra, UNRISD-CENEP, 1986.

¹⁵ Para la discusión de algunos aspectos puede verse Hebe Vessuri, "Scientific Immigrants in Venezuela: National Identity and International Science", en A. Marks y H. Vessuri (comp.), *White Collar Migrants In the Americas and the Caribbean*. Royal Institute of Linguistics and Anthropology, Leiden, 1983.

del horizonte de conocimientos sobre la realidad nacional desde disciplinas sociales diferentes. Sólo una fracción muy pequeña de esa producción científica logró volcarse en los cauces que serían normales en tiempos normales en países normales. En este sentido, vale destacar entre los pocos órganos que consiguieron perdurar en ese período a *Desarrollo Económico*, revista del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), publicación ininterrumpida hasta la actualidad.

5. El frágil redescubrimiento de la democracia desde 1983

El período que se abrió en 1983 pronto haría evidente hasta qué punto las cargas negativas de la etapa anterior seguían gravitando a pesar de los cambios. El régimen militar, en parte como consecuencia del dinero "dulce" de la política financiera-especulativa, en parte como realización de un discurso eficientista y tecnocrático, había creado en algunas áreas un aparato de enseñanza a investigación que intentaba dar lugar a una nueva institucionalidad en desmedro de la Universidad. Bien pronto, por las circunstancias de un Estado en quiebra, se pondría en evidencia la naturaleza de esa construcción: un esqueleto vacío de toda sustancia. Las limitaciones de los administradores encargados de invertir los fondos llevaron a que aun en el período de prosperidad se profundizara el deterioro del aparato bibliotecario y de otros instrumentos auxiliares de la investigación.

La transición democrática a partir de 1983 fue frágil y plagada de problemas; entre ellos, los económicos dificultaron la acción de recuperación y expansión de la actividad científica nacional. El gobierno tuvo poco dinero para invertir en el sistema universitario, cuya matrícula explotó después de los años de contención bajo el autoritarismo.¹⁶ Esto significó que las energías de la Universidad se dirigieran inicialmente a atender a los estudiantes en los dos primeros años de la carrera. Una de las consecuencias fue la escasez de fondos para investigación. No obstante, a pesar de las dificultades, se dieron pasos importantes orientados a reconstruir carreras e institutos en la Universidad, como con la creación de la Facultad de Ciencias Sociales en la UBA en 1988, la obtención de un nuevo edificio para la Facultad de Psicología en 1986 y la reconstrucción de los Institutos de Sociología y de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la UBA.¹⁷

¹⁶ De un promedio anual de crecimiento de la matrícula de 1,9% entre 1980 y 1983, en el lapso 1983/4 se pasó a 21,9% y a 30,8% en 1984/5. Para un análisis del problema puede consultarse Daniel Cano, "La educación superior en la Argentina", Buenos Aires, FLACSO, 1984.

¹⁷ En 1987 el Instituto de Sociología de la UBA contaba con tres investigadores de la carrera del investigador científico del CONICET, dos investigadores contratados por el CONICET, un investigador contratado por subsidio UNESCO-CONICET, tres investigadores docentes de la UBA con dedicación exclusiva, uno con dedicación semi-exclusiva y tres con tiempo parcial, haciendo un total de trece investigadores. Como mecanismo de adscripción de personas se aprovechaba la forma de asociación a proyectos con sede en el Instituto, incorporando así a catorce investigadores asociados y dos asistentes de investigación, así como a diez y siete becarios en distintos niveles de formación. Instituto de Sociología, Boletín Informativo, 1987, Carrera de Sociología, UBA, Buenos Aires, 1987.

Dadas las dificultades y endeblez del proceso de reconstrucción institucional, es comprensible que los centros académicos independientes continuasen activos. Precisamente, la redefinición de las relaciones entre éstos y los centros de investigación en las universidades públicas en los últimos años constituyó uno de los puntos más controversiales. Los primeros, con una tradición construida en los duros años de sobrevivencia subterránea durante la dictadura militar, tienen mayor dinamismo, productividad académica y prestigio que los segundos y compiten ventajosamente por recursos financieros para la investigación tanto gubernamentales (CONICET) como extranjeros. Sin embargo, la propia sobrevivencia marginal de una actividad científico-social en los recovecos del inhóspito aparato universitario y de investigación erigido bajo los auspicios o la tolerancia de la dictadura militar, reveló sus debilidades a la hora de tener que sentar las bases para la reconstrucción de las ciencias sociales en el país. Esta limitación se hizo visible en varias de las disciplinas sociales en la etapa de transición democrática. El problema estaba en qué medida centros o grupos que atravesaron el período de la dictadura en un contexto de catacumbas tenían suficiente fuerza para enfrentar los desafíos de la fase de apertura democrática y qué tipo de refuerzos de esa actividad se requerían.

La caída del régimen produjo nuevos temas de investigación social: redemocratización, concertación, sociedad civil, nuevos movimientos sociales. La nueva literatura sobre democratización envuelve por lo menos tres diferentes problemas teóricos: ¿por qué se caen los regímenes autoritarios? ¿Cuáles son los diferentes caminos de transición a los que pueden dar lugar? ¿Qué factores determinan el éxito de la consolidación democrática?¹⁸ La investigación con foco en los problemas de ajuste de diversos grupos sociales, más característica de otros contextos, ha ocupado hasta hace poco tiempo una posición muy subordinada. En cambio, la atención se ha concentrado en las cuestiones más generales de la organización social: estructuras de clase, procesos de formación del Estado y la inserción cambiante del país en la economía global. Las razones para este énfasis no son difíciles de encontrar en un contexto en el que la sobrevivencia de las instituciones, incluida las propias ciencias sociales, ha sido frecuentemente amenazada por cambios políticos y económicos abruptos. Ha habido poco interés en estudiar el ajuste de grupos particulares a un orden social que está en permanente estado de flujo y redefinición.

6. Las agencias de apoyo

1. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Desde su creación en 1966, CLACSO se constituyó en el organismo de coordinación más extenso de centros de investigación en ciencias sociales en América Latina y el Caribe, incluyendo en la actualidad alrededor de cien centros miembros. Su Secretaría Ejecutiva siempre funcionó en Buenos

¹⁸ A. Portes, "Latin American Sociology in the mid-1980's: Learning from hard experience"; en Ch. Mitchell (comp.), *Changing Perspectives in Latin American Studies. Insights from Six Disciplines*. University Press Stanford, Stanford, 1988.

Aires. Si bien desde el comienzo hubo pedidos de traslado de la sede a otro país con menos dificultades para el desenvolvimiento de las ciencias sociales, su presencia en Argentina sirvió de apoyo a los centros y a los científicos que siguieron activos en el país, y de canal de comunicación con el resto de la región y el mundo.

CLACSO desarrolló un programa básico de actividades, fortaleciendo los mecanismos de intercambio para el logro de una mayor integración de las ciencias sociales latinoamericanas, y defendiendo las condiciones de trabajo de los científicos sociales en los centros miembros y otras instituciones de la región afectados en su actividad académica y/o personal en los años de represión autoritaria en varios países. Su programa de posgrado se definió en torno a dos grandes áreas: el Programa de Investigación para el Cono Sur, que ayudó a mantener en el país a investigadores con dificultades de trabajo en razón de sus posiciones políticas y/o teóricas, a través del soporte financiero del Consejo; y en cooperación con PNUD y UNESCO, el programa de Formación de Jóvenes Investigadores, por haber detectado que las mayores carencias en la región estaban en la falta de recursos para la investigación y la dificultad de los jóvenes egresados de universidades latinoamericanas para obtener fondos de agencias internacionales.

2. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Creado en 1958 como parte del proceso de modernización de la Revolución Libertadora, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas fue una institución pionera en la promoción de la ideología "cientificista" en el país. Coincidiendo con el proyecto de establecer también las "ciencias humanas" en el medio local (según la clasificación del Consejo), el CONICET aceptó a las ciencias sociales como integrantes del abanico de disciplinas cuyo desarrollo habría de fomentar y contó inicialmente con subsidios de la Fundación Ford para hacerlo. Vale la pena destacar que el aporte de la Fundación Ford estuvo específicamente dirigido a proporcionar becas de posgrado para completar la formación de los investigadores activos en el país. De esta forma, desde la primera etapa de la carrera de sociología en la UBA algunos profesores pudieron dedicarse integralmente a la docencia e investigación, primero con subsidios del Consejo y luego como integrantes de la Carrera del Investigador desde la instauración de ésta en 1961.

Como ya fue señalado, si bien el gobierno instaurado en la segunda mitad de la década del '70 golpeó a las ciencias sociales en lo que ellas tenían de actividad científica, disciplinada, hubo un aumento del apoyo financiero a grupos favorables al régimen o aceptables para él, que pasaron a ser los representantes oficiales de estas disciplinas. En el período de la transición democrática post-1983 el ritmo de expansión se mantuvo. Así, en 1986 los miembros de la carrera del investigador científico y tecnológico del CONICET en el área de Ciencias Humanas eran 413 (18,9% del total). Las becas internas del CONICET vigentes al 31 de diciembre de 1987 en el área eran 552 (24,2%). Donde se observa una participación menor aunque estable de las ciencias humanas es en las becas externas, manteniéndose en torno a 11% del total. En lo que concierne a la actividad de investigación, de los Proyectos de Investigación y Desarrollo trienales (PID) para el lapso 1986-1988, sólo 32 (2,8%) correspondieron a Ciencias Sociales, Economía, Educación y

Ciencias Políticas, 37 (3,3%) a Historia y Antropología y a Psicología, Filosofía y Derecho 26 (2,34%), mientras que se nota un incremento en los proyectos de investigación anuales (PIA), de los cuales hubo 73 (12,6%) de las Ciencias Sociales, Economía, Educación y Ciencias Políticas, a los que se agregaban 66 proyectos de Historia y Antropología (11,4%) y 16 proyectos en el área de Psicología, Filosofía y Derecho (2,7%).¹⁹

7. La sobrevivencia marginal: los centros académicos independientes

El desarrollo de un sector, Centros Académicos Independientes (CAI), de fundaciones e institutos de investigación y docencia superior externos a la Universidad pública, si bien adquirió visibilidad numérica en tiempos recientes, tiene antecedentes en la década del '40, ya ligados a la dinámica de la política local, particularmente a las difíciles relaciones entre la Universidad y el poder político. Tal vez el ejemplo más conocido sea el del Instituto de Biología y Medicina Experimental (IBIME), fundado por Bernardo Houssay en 1944. El hecho de que se tratase de un instituto de investigación biomédica y no de ciencias sociales también es esclarecedor, porque revela que no fueron sólo los científicos sociales sino también aquellos que se dedicaron a la investigación científica los que tuvieron dificultades para traducir los intereses de la investigación en proyectos de la sociedad. En la década del '60 hubo un primer crecimiento significativo de centros independientes de investigación social, pensados en esa etapa como refuerzo complementario de las iniciativas modernizadoras del Estado en las universidades. Su papel social sería diferente al de los centros que se multiplicaron en la década del '70. Conviene por tanto tratarlos separadamente.

1. Los centros académicos independientes de los años sesenta

• *El Instituto Di Tella.*

Sin dudas fue el más conocido de todos los centros de la década. En 1958 un pequeño grupo de representantes del sector industrial nacional decidió abrir un espacio para el estudio, la creación y la investigación en las artes, la cultura y las ciencias sociales. Ese proyecto resultó en la creación del Instituto Di Tella, que llegó a ocupar un lugar de prestigio no sólo en la Argentina sino también en toda América Latina. Como en el caso de Houssay veintitantos años antes, se aspiraba a "una institución ágil... no ...afectada por los vaivenes de las crisis políticas".²⁰

La acción del Instituto se organizó a través de centros especializados en torno a disciplinas básicas. En una primera etapa en el área de Arte estuvieron el Centro de Artes Visuales, el Centro de las Artes de Expresión Audiovisual y el Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales; con relación a la

¹⁹ Datos tomados del CONICET, "Programa de Desarrollo 1982-1985" y de CONICET, "Aportes para una Memoria (enero 1984-1988)". Documentos varios, Buenos Aires, 1989.

²⁰ Guido Di Tella y Enrique Oteiza, *Instituto Di Tella. Dos años y medio de actividad*. Buenos Aires, 1963. Instituto de Biología y Medicina Experimental, *Memoria*, Buenos Aires, 1945.

Medicina, se desarrolló el Centro de Investigaciones Neurológicas; en el campo de las Ciencias Sociales propiamente dichas se crearon el Centro de Investigaciones Económicas (CIE) en 1960 y el Centro de Sociología Comparada (CSC) a mediados de 1963. Complementariamente, se crearon la Biblioteca de Ciencias Sociales y de Arte, la Editorial del Instituto, el Departamento de Diseño Gráfico, el Departamento de Relaciones con la Comunidad y el Departamento de Becas que, como novedad en el medio local, ponía a disposición de los estudiantes y graduados argentinos información actualizada acerca de las becas que podían obtenerse en el país y el extranjero.

Entre los temas investigados por el CIE estuvieron el relevamiento de la estructura regional de la economía argentina (Brodersohn, Berlinski), industrialización y localización industrial (Mario Villanueva, Sakamoto, Brodersohn), la política fiscal nacional, el proceso inflacionario argentino en el lapso 1943-1962, la oferta y demanda de recursos humanos universitarios y técnicos en el país, problemas de la migración de cerebros (Oteiza), el empresariado industrial y el desarrollo económico, el cambio tecnológico (Katz, Araoz, Sanjurjo) y los aspectos legales de la promoción industrial en la Argentina.

El CSC, rebautizado como Centro de Investigaciones Sociales (CIS) en 1965, fue organizado por Gino Germani a partir de lo que consideraba sus mejores egresados, a quienes envió a realizar estudios de posgrado fundamentalmente en los Estados Unidos. Inicialmente se incorporaron Miguel Murmis y Darío Cantón. El Centro se propuso hacer investigación general, dirigida especialmente hacia los estudios comparados de la estructura social y el proceso de cambio de las sociedades latinoamericanas. Combinó con el CIE la organización de un número de servicios tales como un Departamento de Documentación, un Banco de Datos y un Departamento de Cómputo especializados. Hasta el año 1966, el programa de investigación del CSC se hacía en colaboración con el Instituto de Sociología de la UBA y el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, de Montevideo. Entre los trabajos que se hicieron en esos primeros años figuran: la extensión de la participación electoral en Argentina (Cantón), la alianza de clases y orígenes del peronismo (Murmis), el desarrollo económico y las estructuras de cambio en la estratificación social en la Argentina (Ruth Sautu), las migraciones internas e internacionales de 1869 a 1960 (Recchini de Lattes y Lattes), tipos de conciencia obrera en diferentes contextos industriales (Silvia Sigal), estructura social de la Argentina (Germani y Sautu), comunicación y neurosis (Eliseo Verón) y la marginalidad en América Latina (José Nun, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín).

Así como el CSC se había creado con apoyo de la Fundación Rockefeller, el Centro de Investigaciones en Administración Pública (CIAP) contó con la colaboración financiera de la Fundación Ford. Al grupo inicial pertenecieron Jorge Roulet, Jorge Sábato, Dante Caputo, Oscar Oszlak, Marcelo Cavarozzi. Los objetivos del CIAP eran investigar las técnicas de administración pública, así como las relacionadas con la gestión de las empresas del Estado, y sus posibilidades de aplicación, en base al trabajo sistemático de especialistas formados en el exterior.

El CICE, Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación, originalmente de la UBA, se incorporó al IDT al dejar la UBA a raíz de la intervención de la Universidad en 1966, continúa allí hasta la fecha, constituyendo uno de los grupos que lograron subsistir el largo periodo de inestabilidad y crisis.

Entre los investigadores que le han dado identidad figuran Gilda L. de Romero Brest, Ana María Eichelbaum de Babini y Héctor F. Bravo.

El CEUR, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, también asociado al IDT en 1966, tuvo antes y después una vida institucional independiente, por lo que nos referimos a él separadamente.

Justamente en 1966, año de intervención de la Universidad, la comunidad de investigadores del Instituto Di Tella pasaba por una etapa de fructificación de los esfuerzos de construcción institucional previos. La Memoria y Balance del lapso 1965-1966 ofrece un significativo conjunto de logros, particularmente en el CIE. La aparición de la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, publicada por el CIS, alcanzó rápidamente un impacto regional. En 1967 el conjunto de Centros de Investigaciones en Ciencias Sociales del Instituto constituía "el núcleo científico más importante en su especialidad, con 40 investigadores jefe, con el apoyo del personal auxiliar necesario (todos ellos con dedicación exclusiva)".²¹

• *El Centro de Estudios Regionales y Urbanos.*

Su origen se remonta a 1961, cuando algunos de sus integrantes crearon el Instituto de Planeamiento Regional y Urbano (IPRUL) de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral. Desde febrero de 1962 a marzo de 1965 el equipo desarrolló su actividad en el IPRUL, pasando luego a la Universidad de Buenos Aires como Equipo de Estudios Regionales y Urbanos, entre junio de 1965 y julio de 1966. Como consecuencia de la intervención en la Universidad de Buenos Aires, pasó a asociarse al Instituto Di Tella. En 1970 migró otra vez para instalarse independientemente. Entre los investigadores que estuvieron activos en ese período pueden mencionarse Jorge Hardoy, Alejandro Rofman, Romero, Basaldúa, Chirico, Guillermo Flichman, Moreno, Tobar, Soubié, Floreal Forni y Lelio Mármora, Fisch, César Vapñarsky, Marcelo Robirosa.

• *La Fundación Bariloche.*

Fue la única institución independiente de investigación que convocó bajo el mismo techo a grupos provenientes de las ciencias sociales, las ciencias naturales y las humanidades. Su origen se remonta a la iniciativa de un grupo de intelectuales, artistas y hombres de negocios quienes habían recibido una donación inicial sustancial (4,6 millones de dólares) en acciones de un grupo industrial privado argentino y la promesa de fondos de contrapartida de la Fundación Ford. Sólo que, al poco tiempo, problemas inesperados en las empresas del grupo financiador hicieron que las acciones cayeran a cero y por lo tanto ese fondo patrimonial inicial nunca se materializara. Como consecuencia, la Fundación Ford retiró su promesa de apoyo. En adelante el apoyo financiero de FB fue predominantemente estatal y nacional, con algunos aportes de la Fundación Ford y otras agencias nacionales y extranjeras. Dependiendo de fondos gubernamentales, no pudo evitar verse sometida a los vientos políticos del momento, siendo especial objeto de ataque la actividad en ciencias sociales y el Modelo Mundial Latinoamericano. La institución vivió la curiosa situación de verse, con intervalo de tres años,

²¹ Enrique Oteiza y Guido Di Tella, *Memoria y Balance 1967*, Instituto Di Tella, Buenos Aires.

primero acusada por sectores del gobierno nacional de "imperialista" y "derechista" (lo que llevó en 1973 a la cancelación de importantes contribuciones y a una propuesta de suspender el subsidio gubernamental) y luego de "izquierdista" (en 1976-1977) por el régimen militar instaurado ese año, que resultó en el cancelamiento del subsidio ya aprobado y el bloqueo indirecto de todas las otras contribuciones que podían buscarse en el país o el exterior, dondequiera que el gobierno tuviera influencia directa o indirecta. En una crisis a la vez política y económica, en 1977 la FB se vio forzada a cancelar los diferentes programas de investigación y docencia y a reducir la actividad a la mínima expresión.²²

El Departamento de Ciencias Sociales fue creado en 1967 con un programa de sociología del desarrollo y al año siguiente se inició un programa de posgrado. Se definieron cinco programas de investigación: de estudios filosóficos y políticos, de movimientos laborales, de sociología política y de problemas socioeconómicos del desarrollo. Entre 1966 y 1977 produjo cien publicaciones. Entre los investigadores estuvieron Heintz, Mora y Araujo, Hernández, Catterberg y Aznar. El Departamento introdujo temáticas como la de estudios regionales y sus desequilibrios, que fueron subsecuentemente adoptadas por otros grupos de investigación. Asimismo, se preocupó por la recolección sistemática y la generación de datos sociales en contextos de notable carencia de los mismos (por ejemplo para la Patagonia y provincias particulares de la Argentina). En el aspecto docente, introdujo en el país la primera experiencia tipo "campus", concentrando jóvenes graduados en Ciencias Sociales alrededor de una estructura académica de participación intensiva.²³ Sin duda, la contribución más conocida de la FB en ciencias sociales fue el estudio de Amílcar Herrera y otro. "¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo mundial latinoamericano", el cual, paradójicamente, no fue llevado a cabo en el área de ciencias sociales de la Fundación, y sólo contó con la participación activa de alguno que otro de sus miembros.

De 1978 a 1986 las investigaciones sociales de FB cambiaron de rumbo, al cambiar también la estructura organizacional y consecuentemente la composición de su personal. Ellas se desarrollaron en un nuevo Grupo de Desarrollo Sinérgico, fundamentalmente concentrado en el estudio de la problemática del desarrollo humano dentro del contexto sociocultural y natural y en la investigación de temas de calidad de vida y necesidades humanas, ligadas al programa de investigaciones de la Universidad de las Naciones Unidas sobre desarrollo humano, coordinado por Mallmann. Como investigadores representativos de esta etapa pueden mencionarse a Mallmann y Nudler.

• *El Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales.*

Después de la intervención militar al Instituto de Sociología de la UBA en 1966, un grupo de investigadores fundó el CICSO, caracterizado por su

²² G. Gallopín, C.A. Mallman, C.E. Suárez, M. Arienza, J. Sábato, y E. Tiscornia. *An Institution in a Turbulent Environment. The Fundación Bariloche*, San Carlos de Bariloche, 1981. Puede verse también *Plan para crear una Fundación dedicada a la Investigación y Enseñanza Superior en Bariloche*, Buenos Aires, sin fecha.

²³ Fundación Bariloche, "Diez años dedicados a la creación, investigación, aplicación y enseñanza de ciencias y artes", San Carlos de Bariloche, 1976.

objetivo de desarrollar un programa de investigaciones y formación de personas dentro de los parámetros teóricos del marxismo. Llenó un espacio inédito en la escena nacional, creando una oportunidad para el surgimiento de un clima de debate entre orientaciones teóricas diferentes, si bien en la perspectiva de largo plazo que nos da el presente puede verse que no llegó tan lejos como hubiera podido esperarse. Los temas allí abordados incluyeron cuestiones novedosas, de importancia nacional. El nivel tanto de los cursos como de las investigaciones le ganaron reconocimientos significativos, en el país y fuera de él. A través de sus publicaciones el CICSO llegaba a un público bastante amplio. En las dos etapas represivas que siguieron fue uno de los centros más duramente golpeados por los gobiernos militares. Varios de sus miembros se vieron forzados a abandonar el país y otros fueron encarcelados por los gobiernos autoritarios de los 70 y comienzos de los 80. Los seminarios y cursos fueron suspendidos después del golpe militar de 1976 y sólo pudieron ser retomados en 1986.

Hasta el presente CICSO mantuvo una base teórica relativamente coherente que da cierta unidad a los diversos proyectos que se llevan a cabo. Un conjunto de publicaciones recientes se concentró en los militares y en particular sus agresiones contra los sectores populares en los últimos quince años. Un segundo conjunto de trabajos analizó los patrones de votación en el plebiscito por el canal de Beagle y las elecciones nacionales del año 1983. Otro estudio en esta área se concentró en la ecología electoral del Gran Buenos Aires mostrando cómo el cambio de los patrones residenciales reflejan resultados electorales. Una tercera área de investigación que siempre interesó al Centro ha sido la de estallidos sociales de amplia base, por ejemplo los levantamientos de 1969 en Rosario y los movimientos de Córdoba durante 1974.

2. Los centros académicos independientes: 1970-1980

Durante la dictadura militar de 1976-1983, la alteración del contexto en que debieron actuar redundó en cambios en la configuración misma de los centros académicos independientes, varios de los cuales incluían a una proporción significativa de los académicos con mayor visibilidad y reconocimiento intelectual en el medio local y que permanecieron en el país. Los centros en esa etapa sirvieron como plataforma institucional, lugar de trabajo y punto nodal en una red de contactos académicos locales e internacionales para la supervivencia de las ciencias sociales argentinas. Ellos tuvieron un papel fundamental en la profesionalización de un pequeño contingente de "intelectuales disidentes" en el período, a través de la actividad de investigación en sociología, ciencias políticas y parcialmente historia y economía.

Pero como era de esperar, también se constituyeron algunos centros independientes en el campo "oficial" u "oficialista", como núcleos de la "intelligentsia neoliberal". La revista *Carta Política*, por ejemplo, reunió alrededor de figuras como las de Mariano Grondona y Osiris Troiani a colaboradores pertenecientes a lo que había quedado del Instituto Torcuato Di Tella después de la emigración de los centros, entre otros Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde, Manuel Mora y Araujo. Ese grupo pretendió constituirse de alguna forma como una nueva Generación del 80, ofreciendo al régimen gobernante una propuesta ideológica para un prolongado período neoconservador. Sin

embargo, en general, estos centros y agrupaciones de derecha no desarrollaron la función de investigación sino que sirvieron, por sobre todo, como foro de ideas y plataforma local de difusión.

Los centros académicos independientes en este período tuvieron una "mentalidad de catacumbas", que incluía un perfil bajo, poca difusión de los trabajos y temáticas recortadas. Su orientación, dadas las condiciones del contexto, era "privada" en el más estrecho sentido de la privacidad; su trabajo se realizaba en "circuitos cerrados"; su público era la misma comunidad académica marginada, a veces la comunidad de ciencias sociales de la región y, en algunos casos, algunos representantes aislados de la juventud universitaria que buscaban especializarse en el estudio de las ciencias sociales. Este estado de cosas no cambió mucho durante las fases de apertura y liberalización. Los contactos de los CAI con el mundo popular y político fueron escasos hasta que, entrados los años 80, algunos miembros de centros como el CISEA y el CEDES comenzaron a tener participación personal en roles "tecnopolíticos", primero en agrupaciones partidarias civiles y más tarde en posiciones significativas del gobierno democrático o se volcaron a estudios de los sectores populares. A pesar de que la visibilidad de los CAI fue reducida, su producción escrita es más conocida regional e internacionalmente y su volumen supera con mucho la producción realizada durante el período en las universidades.

El trabajo por contrato para la sobrevivencia, la consultoría, la autocensura, etc., hicieron que con frecuencia la investigación se circunscribiera a temas más especializados, con perspectivas parciales, fragmentarias. El propio financiamiento de las agencias internacionales indujo a los centros a adoptar la estrategia de intentar convertirse en "loci" de excelencia, con monopolio sobre algún tema o línea de investigación, o incluso respecto de una orientación institucional, donde sus ventajas comparativas fueran indiscutibles, para así acumular reconocimientos y asegurar recursos. Irónicamente, la "privatización" de la investigación, que en los años '60 había encendido apasionados y ríspidos debates en torno al rechazo de subsidios de agencias extranjeras, en la segunda mitad del 70 pasó a ser la palabra de orden de los CAI. Lo que resultó más conflictivo en esta etapa fue la situación social que generó el financiamiento internacional, de polarización en las condiciones de trabajo en el seno de los CAI y por comparación con las restantes instituciones nacionales. Se creó un sistema de castas donde unos pocos investigadores, que por su formación en el exterior y/o sus contactos internacionales tenían acceso a los fondos internacionales, se constituyeron como clientela cautiva de las agencias. La población activa de los CAI siempre fue muy reducida. Ese contingente fue reforzado por medio del trabajo temporario de auxiliares y becarios. Sólo que, en las condiciones existentes de desempleo crónico para los científicos sociales, se dio una cierta falta de claridad en la definición de los roles temporarios. Muchos becarios llegaron a considerar que las becas deberían continuar indefinidamente. Algo similar sucedió con frecuencia con contratos ocupacionales de tiempo limitado. Por otra parte, al abusarse del empleo de este tipo de contrato laboral no fue raro que se llegase a una explotación desproporcionada en el interior de instituciones particulares.

Entre los centros más importantes de los años 70 y primera mitad del 80 se destacan dos desprendimientos del Instituto Di Tella: el CEDES y el CISEA. Entre los investigadores activos en el CEDES han estado Frenkel, Fanelli, Oszlak, O'Donnell, Cavarozzi, L. de Riz, Sommer, Canitrot, Boneo, Rozen-

wurgel, Jelin, Feijoo, Balán. Las investigaciones giraron en torno a seis áreas autónomas, que incluyeron la sociología, el estudio de los movimientos sociales, el área económica, historia, cultura e ideología y ciencia política.

Las investigaciones del CISEA se concentraron en un conjunto de estudios que examinaron los cambios de la agricultura pampeana con énfasis en los factores sociales y adaptaciones tecnológicas, de autores como Trigo, Pineiro, Barsky, Gutiérrez, Obschatko, Sábato; un área de investigación industrial, con trabajos de Schvarzer, Korol, Huici, Palomino, Lavergne, Sábato, Itzcovitz; otros trabajos abordaron temas políticos referidos al sector jurídico, como los de Groisman, Oszlak, Roulet y Caputo. En el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana destacan Korol, H. Sábato, L. Gutiérrez, L. A. Romero. Sus miembros participaron activamente en el proceso de transición democrática y cuando Alfonsín asumió el gobierno dos investigadores pasaron a ocupar carteras ministeriales importantes, y otros accedieron a altos cargos en la administración nacional.

Otros CAI del período fueron: a) el CENEP (Centro de Estudios de Población) (1974), que reunió a varios ex investigadores del IDT, como los Lattes, con el objetivo de realizar investigaciones que aportasen al conocimiento de los procesos relativos a la población del país y de América Latina, en el marco del desarrollo económico y social; b) el EURAL (Instituto de Investigaciones Europeo-Latinoamericanas) (1983), que tiene la finalidad de estimular un mejor conocimiento de los problemas y factores que inciden en las relaciones de las dos regiones.

8. Elementos para una estrategia de consolidación del campo de las ciencias sociales

a) El grado de desarrollo científico y crecimiento del universo de científicos sociales. El desarrollo científico no es sinónimo del crecimiento cuantitativo del número de graduados, sino que supone fundamentalmente la presencia de una capacidad de investigación en un área de producción intelectual. El campo de la investigación en las ciencias sociales comprende actualmente a una parcela muy pequeña de la realidad profesional del país. Sin embargo, es una parcela que no puede dejar de considerarse significativa y potencialmente rica. Sus practicantes constituyen una minoría, en general altamente calificada. No obstante el aumento de personas con grado formal en ciencias sociales y que trabajan en los más diversos medios y de estudiantes matriculados en una u otra disciplina social, no significa necesariamente que se esté consolidando ni incrementando su influencia. La idea misma de "investigación social" se ha extendido tanto en la opinión pública durante las pasadas décadas de limitaciones y eufemismos, que requiere ser repensada. Qué entender por investigación social, para qué, con cuáles contenidos y objetivos, en qué contextos, son todas cuestiones que deben ser extensamente debatidas.

b) La capacidad de absorción de los mercados profesionales tradicionales (la Universidad y el Estado) en cuanto a disponibilidad de puestos de trabajo y nivel de salarios. La expansión reciente de la matrícula de las ciencias sociales en las universidades quizá pueda explicarse mejor como parte de la problemática de la educación superior en el país que por algún

proceso específico de la profesionalización del área. Un ejemplo de ello fue el 2do. Congreso Argentino de Antropología Social, en 1986, que tuvo más de mil quinientos participantes, siendo el grueso de los mismos estudiantes, aunque la producción científica en esa disciplina continuaba siendo escasa, y revisiones recientes de la antropología latinoamericana²⁴ no hacen mención a un solo trabajo de antropología argentina. Si se observa que la principal forma de profesionalización tradicional de las ciencias sociales en todas partes ha sido el ámbito académico, que asegura la reproducción del corazón cognitivo de un campo de conocimiento, resalta la baja capacidad de absorción de recursos humanos calificados que tienen las universidades en términos de tiempo real de trabajo de una persona, en vista de la persistencia de los cargos de dedicación simple o medio tiempo. El problema se palia muy parcialmente con los subsidios de investigación que las agencias de investigación como el CONICET están dando para el personal universitario.

El de la antropología social pareciera, sin embargo, un caso extremo. La situación en sociología y ciencias políticas luce mejor, pudiéndose explicar en términos de que es más avanzado en ellas el proceso de diversificación y complejización. La diversificación de grupos universitarios públicos y privados, centros académicos independientes, instituciones especializadas o subespecializadas en función de temáticas muy concretas, se combina con el desarrollo de relaciones muy diferenciadas por parte de esos diversos organismos con clientelas diferentes. Entre ellas, las correspondientes al Estado también comienzan a re-estructurarse positivamente. En esta esfera, los economistas han logrado insertarse mejor como cuerpo profesional, pero es innegable que hay avances interesantes en la participación de los científicos sociales no economistas.

c) *El impacto de la crisis económica sobre los recursos financieros dedicados a la investigación.* Al parecer los recursos públicos para la investigación financiarían entre 50% y 75% de la misma.²⁵ Sin embargo, el significativo aumento de los fondos para investigación que en un primer momento fue otorgado por el gobierno democrático se vio cancelado por la recesión económica que originó fuertes caídas en los salarios académicos, reducción y discontinuidad de la investigación y "fuga de cerebros" en aquellas profesiones con mercados alternativos (por ejemplo los economistas). La actividad de investigación es cara, y en momentos difíciles como los actuales las ciencias sociales están en desventaja en la competición por recursos escasos frente a las disciplinas más tradicionales.

d) *Las políticas estatales de desarrollo de la investigación científica y tecnológica, en general, y de las ciencias sociales en particular.* Aunque tal

²⁴ Lourdes Arizpe, "Anthropology in Latin America: Old Boundaries, New Contexts", en Ch. Mitchell (ed.), *Changing Perspectives in Latin American Studies. Insights from Six Disciplines*, Stanford University Press, 1988.

²⁵ Jorge Balán. Informe Diagnóstico sobre las Ciencias Sociales en la Argentina, presentado a CLACSO. Citado en el documento de Fernando Calderón y Patricia Provoste: "La construcción institucional de las ciencias sociales en América Latina: problemas y perspectivas". Trabajo presentado en la reunión sobre Estado y Ciencias Sociales en América Latina, Brasilia, mayo 1989.

vez sea aún temprano para evaluar posibles efectos, en el lapso reciente de la transición democrática no parecen haberse definido políticas y programas que garanticen la consolidación de la actividad como interés del Estado, así como tampoco parece haberse conseguido alterar el mayor dinamismo y productividad académica de los centros independientes respecto de los universitarios. Se observa un considerable rezago de las universidades públicas en la realización y aprovechamiento de los recursos para la investigación en ciencias sociales. Estamos lejos de la situación de principios de los años 70 cuando, si bien ya existían algunos centros académicos independientes, no podía imaginarse que las universidades públicas iban a perder su posición dominante en la producción de conocimientos y la crítica social. En vista de que tampoco las universidades privadas han asegurado el desarrollo de la investigación social, el único espacio organizado que quedó en este campo fue el de los centros independientes de investigación.

El Estado, claramente, en las últimas décadas incidió en el desarrollo de las ciencias sociales argentinas, con la intervención que dio como resultado —especialmente en el período 1975-1983— un campo científico sesgado por orientaciones tecnocráticas, neo-tomistas y aun otras sujetas a la llamada "doctrina de seguridad nacional", que al sustraerse de la competencia y la crítica y al desarrollarse en un terreno poco apto para la circulación de conocimientos y sin ninguna disposición a la convivencia con otras tradiciones teóricas —en el caso en que esto correspondiera— signó el atraso de las ciencias sociales y las humanidades. Actualmente se está dando un proceso de redefinición de las relaciones del sector con el Estado, en el que inciden tanto las nuevas características múltiples y heterogéneas del sector, como las condiciones de financiamiento y las transformaciones y reacomodos en el interior mismo del aparato del Estado. Se observa así que comienza a surgir un subsector de las ciencias sociales especializado en las técnicas ligadas a los procesos decisorios, de organización y de gestión de las funciones estatales.

e) Estabilidad político-institucional del país. Los conocidos efectos de los ciclos de autoritarismo y violencia, de expulsión de las ciencias sociales de los ámbitos universitarios y en general del ámbito público, han demostrado ser un fenómeno que no es fácil de revertir con la democracia, no sólo por las limitaciones de recursos que éstas enfrentan sino también, y fundamentalmente, por el grado de desestructuración de las instituciones académicas y civiles que se produjo en el país. No hubo tiempo suficiente para madurar una tradición intelectual. Los ritmos quebrados de los tiempos socio-institucionales en la Argentina moderna han sido de construcción/destrucción permanentes, afectando la decantación de un *corpus* de conocimientos y de una tradición de reflexión social.

f) La disponibilidad de oferta de financiamiento externo y las orientaciones de las entidades oferentes. En el período autoritario cobraron creciente importancia los organismos de financiamiento extranjeros, que apoyan de preferencia a las actividades legadas con la promoción pero que, en general en la Argentina, contribuyeron a mantener viva la actividad de los sobrevivientes académicos de las ciencias sociales. La participación de las agencias financieras externas de investigación en ciencias sociales tiene antecedentes importantes desde la posguerra. Pero fue a partir de los años 70 que el

fenómeno se expandió notablemente, y por cierto no estuvo circunscripto a la Argentina. Se pasó del predominio de los subsidios individuales a los institucionales, y de hecho muchos de los centros se crearon o crecieron bajo el impulso de esta oferta de financiamiento. CLACSO identifica unos cien organismos de financiamiento de la investigación social latinoamericana (incluyendo desde organismos autónomos que operan con fondos públicos —IDRC, IAF, SAREC—, hasta la tradicional fundación privada —Ford, Rockefeller—, pasando por entidades eclesiásticas, partidarias, sindicales y laicas).²⁶

g) *Predominio de la investigación empírica de corto alcance.* Si hace algunos años Torcuato Di Tella se hacía eco de la preocupación de los investigadores por la necesidad de un mayor énfasis en la investigación empírica como parte del conocimiento de la realidad nacional, ahora la situación inversa predomina. Se ha reducido significativamente el campo de la producción teórica (entre otras cosas, porque se han reducido los espacios para realizarla) y ésta no alimenta a la investigación empírica como sería el caso en condiciones de desarrollo saludable del campo de las ciencias sociales. En parte, esto se debe a la crisis misma de las grandes visiones de transformación social con las cuales a menudo la sociología y algunas otras ciencias sociales se habían identificado. Ante el desvanecimiento del proyecto populista y antiimperialista con el auge de la ola de represión autoritaria y el desgaste del enfoque dependentista, las ciencias sociales perdieron un eje teórico dominante y sus practicantes apuntaron a objetivos crecientemente modestos, incluyendo la sobrevivencia personal e institucional.

En los centros independientes, esta tendencia puede asociarse a la lógica de las agencias financieras, que exige la renovación permanente de los proyectos además de representar, con pocas excepciones, una presión generalizada hacia los proyectos de acción y, por ende, la investigación aplicada o estudios comparados cuyo basamento teórico ha sido definido en otros contextos. Pero en las universidades la situación es la misma o peor, ante la escasez de recursos para la investigación y en circunstancias en las que la caída permanente de los salarios empuja a los investigadores al doble, triple o múltiple empleo. El científico social investiga (cuando puede hacerlo) y escribe sobre varios temas que pueden cambiar rápidamente en el tiempo, dependiendo del clima político, las fuentes de apoyo, el interés personal y otros factores. De esta forma se han ido generando grandes vacíos sobre problemas importantes a la vez que se ha ido produciendo una visión fragmentaria y superficial de la sociedad.

h) *Los posgrados.* En el área de las ciencias sociales es probablemente donde se registra el mayor retraso en materia de posgrado.²⁷ En varias de las disciplinas no hay ningún tipo de desarrollo de ese nivel en las universi-

²⁶ Fernando Calderón y Patricia Provoste, "La construcción de las ciencias sociales en América Latina: problemas y perspectivas", Reunión sobre Estado y Ciencias Sociales en América Latina, Brasilia, mayo de 1989.

²⁷ Para una referencia reciente al problema en la UBA puede consultarse la entrevista a Alicia Camilloni, Secretaría Académica de la Universidad, en el *Boletín de Ciencia y Tecnología* de la Universidad de Buenos Aires, Año I, N° 4, abril 1988.

dades públicas y, como se vio más arriba, es el sector privado el que casi exclusivamente atiende la demanda, en cantidades y a menudo en niveles muy limitados. Resulta evidente que desde el punto de vista de la producción intelectual, un desarrollo bien concebido y cuidadosamente ejecutado de los posgrados básicos ayudaría efectivamente a consolidar espacios institucionales de investigación y reflexión crítica en el medio local, fundamentales para garantizar la vitalidad y calidad de las disciplinas sociales. No se trata de formar una muchedumbre de investigadores de este tipo, ya que sería ilusorio e insensato pensar en ejércitos de científicos sociales. La ciencia, inclusive la ciencia social, como actividad intelectual, es minoritaria y altamente costosa. La investigación de hechos científicos, incluyendo los hechos sociales, es un proceso altamente elaborado e idiosincrático, no extrapolable a la sociedad en su conjunto, sino que se realiza en condiciones *sui generis* dentro de los límites de una comunidad restringida de personas con los mismos intereses.²⁸

i) Las posibilidades de la cooperación regional e internacional. Las ciencias sociales están en crisis no sólo en la Argentina sino en América Latina en general, si bien las dificultades en algunos contextos pueden ser bastante variadas y por comparación con la situación que hemos descrito, parezcan simples obstáculos pasajeros o menores. Ellas viven una desgastante inestabilidad institucional, presionadas por gobiernos poco sensibles a sus necesidades, por demandas de mercado que desvían a los investigadores de preocupaciones más teóricas en beneficio de temas "prácticos" y por fundaciones internacionales que tratan de influirlas en el sentido de sus propias orientaciones. Pese a las condiciones adversas, sin embargo, se han conseguido logros importantes en la comunicación e interacción latinoamericana dentro del campo de las ciencias sociales y existen posibilidades de cooperación regional que sería conveniente incentivar de forma cuidadosamente selectiva. En un mundo crecientemente organizado en grandes bloques continentales, las sociedades latinoamericanas todavía precisan avanzar mucho en el conocimiento mutuo y las ciencias sociales son una de las claves para esa comprensión. El papel catalizador de algunas agencias gubernamentales como el CONICET en la Argentina, el CNPq y CAPES en Brasil, el CONACIT en México, así como de instituciones regionales como CLACSO, FLACSO, ILET, UNESCO, es fundamental. Entre los mecanismos fundamentales para la cooperación pueden mencionarse: el intercambio de profesores e investigadores, de alumnos de los posgrados —especialmente en relación con la realización de proyectos de tesis—, la participación en proyectos de investigación que involucren a investigadores de otros países y el fortalecimiento de los mecanismos de divulgación de la producción científica nacional en la región y de la producción regional en la Argentina.

La cooperación científica internacional es igualmente importante tanto por sí misma, en lo que tiene de valor intelectual intrínseco, como también en cuanto que puede ser aprovechada para reforzar los vínculos institucionales intrarregionales a través de agencias como UNESCO, IDRC O SAREC. Pero como se ha señalado anteriormente, para servir a las necesidades de la sociedad argentina en los últimos años del siglo XX sus lineamientos deben

²⁸ Bruno Latour, *Science in Action*, Open University Press/Milton Keynes, 1987.

ser definidos en función de las mismas, a partir de las percepciones de la comunidad local de científicos sociales.

9. A modo de conclusión

Puede afirmarse, en general, que las ciencias sociales no han encontrado en la Argentina un ambiente propicio para desenvolverse en los últimos treinta y cinco años, si tomamos el período globalmente. Ellas han debido moverse en un medio que fluctuó entre lo inhóspito y lo abiertamente represivo, en situaciones de extrema inestabilidad institucional, con una fase reciente de apertura democrática en medio de una crisis económica sin precedentes y una Universidad endeble. Lo que los centros independientes lograron hacer en las difíciles condiciones históricas de las últimas décadas no es poco y como tal esa inestimable contribución puede y debe ser reconocida.

Pero, independientemente de los méritos y deméritos de cada una de las instituciones de investigación existentes, consideradas como tantos microcosmos, queda el problema de pensar el futuro de la actividad científica nacional en estos campos, a partir de las configuraciones institucionales concretas. Las instituciones científicas son los canales para el pasaje de las aspiraciones personales e intelectuales. Representan ideales en funcionamiento.²⁹ El breve diagnóstico que hemos hecho permite observar las principales debilidades de la estructura existente, sin que eso signifique descalificarla: falta de dinamismo en la organización de posgrados de tipo académico que permitan reproducir y ampliar los cuadros de investigación; dificultades para el establecimiento de actividades de investigación en la universidad nacional; encierro, de cierta forma, en las *torres de marfil* de los centros independientes, en los que faltan las múltiples articulaciones con la sociedad que existían en mayor medida en un contexto universitario. La formulación de una política científica para las ciencias sociales orientada a superar las deficiencias en lugar de simplemente preservar el *statu quo* o demoler lo poco que existe y aprovechar las capacidades y potencialidades existentes, exige preguntarnos si esta base institucional es la que va a lograr el suficiente dinamismo creador y renovador para estar a la altura de las exigencias de los años 90. En caso de una respuesta no muy positiva a este interrogante, deberemos ser capaces de definir las formas y dinámicas institucionales más aptas para albergar los desarrollos portadores de futuro que ayudarán a transformar la sociedad.

²⁹ Hebe Vessuri, "El papel de las instituciones científicas en la sociedad", en Vessuri (comp.), *Las instituciones científicas en la historia de la ciencia en Venezuela*, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas, 1987.